

El Cristiano Sirve Espontáneamente A Sus Autoridades

Martín Lutero

Sermón para el Domingo de Jubilate.

Fecha: 26 de abril de 1545.

Texto: 1ª Pedro 2:11-20. Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras. Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios.

Introducción: La desobediencia es, por desgracia, un mal muy generalizado.

En la Epístola de hoy se habla de dos temas en especial. El primero es que debemos respetar debidamente a las autoridades, no despreciarlas ni obstruir su tarea, sino mostrarles amor y obediencia, y servirles. En segundo lugar se habla del gobierno de la casa: que los criados deben estar sujetos a sus amos, no solamente a los buenos sino también a los caprichosos y testarudos, porque tal actitud de un siervo es muy del agrado del Señor.

Ya se ha predicado bastante sobre estos temas. ¡Ojalá se pusiera en práctica lo oído! Es la expresa voluntad de Dios que nos sujetemos a los que están investidos de autoridad; así lo quiere él. También la servidumbre en la casa debe oír esta exhortación y obedecer a su amo o a su patrona; pues esto merece aprobación de parte de Dios y responde a su voluntad. Pero ¿dónde hay alguno que esté dispuesto a escuchar tal exhortación?, ¡de ponerla en práctica ni hablemos! ¡Que Dios nos envíe otro tema para sermones! Con ese de la obediencia y del servicio ya no se va a ninguna parte. Y si no, que nos envíe otra clase de gente; porque los siervos, las criadas y los obreros de hoy día hacen cada cual lo que le dé la gana. Hemos llegado al extremo de que el emperador es el súbdito de los príncipes, y por otra parte, el siervo es el señor. El amo ya no puede decir una palabra a su criado, y lo mismo ocurre con los obreros: si no les agrada lo que su patrón les ordena, no le hacen caso. No hay, pues, gente a quien se le pueda predicar sobre ese tema. Por esto, Dios tiene que mandarnos otros predicadores u otra predicación u otra gente.

¿Dónde está hoy día la autoridad de los príncipes? Nominalmente, ellos siguen siendo los que ejercen el mando. Pero pregunta a sus vasallos cómo son las cosas en realidad. Si los príncipes hacen lo que los vasallos quieren, se los tiene por buenos. Ni entre los paganos reina una situación tal; allí se da a César lo que es de César. Muy triste es en esta tierra —como escribe Salomón— ver a los siervos a caballo, en tanto que los príncipes tienen que andar a pie. Y muy mal van las cosas en materia de autoridad si un amo da una orden a su criado, y a este criado por su parte no se le da un bledo de lo que le manda su señor. Y bien, si no queréis obedecer, dejadlo. Por lo visto, con nuestro predicar ya no se logra nada. Por eso repito: que Dios envíe otro tema para la predicación, u otro género de personas. Nadie quiere cumplir con lo que es su deber, desde el más encumbrado hasta el más humilde.

I. Advertencia contra la desobediencia a las autoridades. Dios espera de nosotros una obediencia espontánea.

Nuestro texto dice: "Por causa del Señor someteos a toda institución humana", y luego añade: "Porque ésta es la voluntad de Dios". Esto es, pues, lo que Dios quiere: que nos sometamos a toda institución humana; por esto hace llegar a los oyentes la advertencia de que lo hagan "por causa del Señor". En caso contrario, el resultado será que nuestro Dios y Señor hará surgir otro tipo de gente, gente que le obedezca y que cumpla con su divina voluntad. Por cierto, Dios no renunciará a su prerrogativa de ser el Señor Supremo. Él nos creó de la nada; por consiguiente quiere que le obedezcamos de buena voluntad y de todo corazón, máxime nosotros que somos cristianos. Si lo hicieron los paganos, ¡cuánto más debemos hacerlo nosotros, que llevamos el nombre de cristianos! Digamos, pues: Obedeceré no sólo porque lo quiere mi amo terrenal, sino por causa del Señor celestial que derramó su sangre en bien mío.

Dios utilizará a los turcos para castigar la desobediencia de los cristianos.

Pero ¿dónde están los que prestan atención a estas advertencias? Si se les dice una palabra, le vuelven a uno las espaldas. No quieren tolerar ningún tipo de obligación. Esto empero significa oponerse a Dios y tener en poco la sangre y la muerte de Cristo. No terminarán con sus murmuraciones hasta que el turco invada también las tierras nuestras. Y entonces querrán murmurar contra los turcos. Pero con esto no tendrán éxito. Pues los turcos no vendrán por iniciativa propia; antes bien, vendrán porque Dios mismo se lo ordenó. Y ese turco es un maestro consumado en el arte de humillar a todo el mundo. Prohíbe a los nobles seguir ejerciendo su dominio y los obliga a servirle como boyeros, y en recompensa les arroja a los pies un pedazo de corteza de pan. A los príncipes, condes y demás señores los despoja de todo su poder y los hace trabajar de porquerizos. Y de la misma manera procede con las criadas y los siervos. En Turquía los lleva al mercado y los ofrece a la venta, un siervo por tres florines. La única comida que reciben es pan seco; en cambio, azotes hay en abundancia. Apenas se les permite cubrir sus desnudeces, y a las esclavas se les prohíbe llevar el cabello trenzado. Se los trata como a perros. Por eso tampoco existen condes y otros nobles en aquella región. ¡He aquí, amigos míos, el turco está a la puerta y llama! Por esto decimos: "¡Arrepentíos, y someteos a las autoridades instituidas! Hacedlo por amor a Dios y por amor a Cristo que por vosotros derramó su santa sangre". No seas comilón; no digas: "Lo único que quiero es comer y beber mucho y bien". Si pese a todo, nuestra situación no mejora, la culpa no la tenemos los predicadores; porque nosotros os advertimos con

toda claridad: "Someteos por causa del Señor". Si no por causa del Señor, hacedlo en nombre de todos los demonios. Entonces tendréis que hacerlo, no por amor a Dios, sino por temor a caer bajo un gobierno extraño. Y si no lo haces, el turco te lleva al mercado y te vende a otro en dos florines, cuando antes valías tres. Y si tu nuevo amo está de mal humor, te azota aún más que tu amo anterior: "¡Apacíentame las vacas!" te gritará, "¡pero de tal manera que den leche!" Y si esto no ocurre, te golpeará de nuevo. Pero parece que esto es lo que buscamos a toda costa. Hemos quedado prácticamente sin gobierno. No hay ordenanza que se cumpla. Cada cual hace lo que quiere. Pero si uno hace lo que quiere, algún día tendrá que soportar lo que no quiere. Por lo tanto, ¡haced lo que es vuestra obligación hacer, y obedeced! Dios os lo enseña por medio de nosotros los predicadores. Entonces tendréis paz, y nadie os echará de vuestras tierras. "No queremos", dices tú. Pero Dios te responderá: "Y bien, en este caso yo tampoco quiero seguir gobernándote con mi palabra. Haré que caiga sobre ti el turco, éste te enseñará a ser obediente". Y allí, entre los turcos, levantaréis entonces vuestra voz y gritaréis: "¡Oh, si estuviera de vuelta en Wittenberg o en Leipzig donde aún se predica la palabra de Dios!" Pero esto se acabó para ti; en esto no puedes ni pensar. No sólo estarás privado de la libertad de que disfrutas ahora, sino que incluso estarás privado de la palabra y del sacramento⁶. Si los predicadores perecemos juntamente con vosotros, al menos tenemos la excusa de haber cumplido con nuestro deber. Los griegos y los húngaros tuvieron en sus tiempos autoridades excelentes y gozaron de paz y prosperidad. Sin embargo eran pueblos revoltosos, nadie podía gobernarlos. Ahora están reducidos a la impotencia. Y eso que se los amonestaba acerca de lo que era su deber. Pero como no querían escuchar, cayeron bajo la férula de los turcos. Esto es lo que los húngaros querían, y por lo visto, nosotros queremos ansiosamente lo mismo.

II. Tildar a los cristianos de rebeldes es una calumnia.

Los paganos no comprenden la actitud de los cristianos.

En primer lugar, Pedro exhorta a los cristianos en general a que se sometan a las autoridades seculares, y luego amonesta a la servidumbre en particular a que tengan en cuenta que fueron bautizados, y que han sido redimidos por medio de la sangre de Cristo. Estas son las palabras con que comienza la exhortación: "Amados hermanos, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos". Pero con anterioridad, Pedro había dicho: "Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio" (1ª Pedro 2:9). Esta declaración ha tenido que sufrir el infortunio de ser tildada de sediciosa por parte de los paganos; pues no olvidemos que Pedro predica aquí a cristianos, pero a cristianos que vivían en un medio ambiente pagano y bajo autoridades paganas, que no entendían el significado de las palabras de Pedro. Nosotros aquí en Wittenberg tenemos un gobernante cristiano, es cierto. Pero Fernando y todos los demás príncipes son en verdad unos paganos, y también lo son sus obispos. No podemos remediarlo: hasta que llegue el postrer día, jamás estaremos sin paganos. El emperador Teodosio fue un fiel cristiano, y lo mismo vale para Arcadio y Honorio. Pero después de su reinado, las herejías volvieron a causar estragos en la iglesia. Es una gracia muy grande si los reyes y los emperadores se hacen cristianos. Hoy día ya no tenemos gobernantes tales. Esto fue ya entonces lo que les acarreó tanta inquina a los cristianos: predicaban acerca del rey Cristo, el Hijo de Dios, y de su reino, y se gloriaban de ser reyes junto con él, como dice Pedro. Por esta razón, los paganos los llamaban gente alborotadora, como leemos en Hechos 16 (v. 20) y 17 (v. 18). Que Cristo era rey, no lo querían admitir de ninguna manera, y tampoco querían saber nada de su reino. Si los cristianos decían: "Nosotros somos un real sacerdocio", los paganos lo

tomaban como una ofensa contra el César y los ejecutaban por sediciosos. De la misma manera fue crucificado Cristo como "rey de los judíos", a pesar de que había declarado expresamente: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18:36).

El gobierno secular a menudo se arroga autoridad en asuntos espirituales.

Una vez que Satanás ha tomado posesión de esa clase de gente impía, siempre tratan de combinar sus ideas idólatras con la autoridad secular. Si predicamos: "Vuestra dignidad real es una ordenación divina", esto no les basta; tampoco si digo: "Me comprometo a prestar la debida obediencia, con mi persona y con mis bienes". Sino que el rey comienza a decirme: "Tienes que profesar la fe que profeso yo". Así entrelazan y mezclan su falsa creencia con su majestad real, y me tildan de sedicioso si no quiero aceptar el credo a que adhieren ellos. Lo estamos viendo con nuestros propios ojos. Y si pudiesen ejecutarlos a todos, sin duda lo harían. No les interesa para nada si les decimos: "Estamos dispuestos a obedeceros en todo aquello en que os debemos obediencia". Es que ellos por su parte no están dispuestos a mantener separadas su majestad imperial y su idolatría. Si en lo concerniente a asuntos espirituales no hacemos así como ellos, en seguida levantan el grito: "¡No habéis respetado al emperador, sino que sois unos rebeldes!" Pues el papa con sus decretales llenó de idolatría el mundo entero, e incluso supo ganarse la complicidad del mismo emperador.

Los cristianos en cambio distinguen claramente entre fe y autoridad secular.

Los reyes quieren que pensemos y creamos como ellos piensan y creen. Esto no lo podemos hacer bajo ningún, concepto. Antes bien, hacemos una clara distinción entre lo que atañe a la fe y la autoridad secular. Decimos: "En todas nuestras obligaciones para con vuestra majestad imperial, conforme a las leyes del país, en todo esto os obedecemos. Pero que se nos obligue a creer lo que vosotros creéis, esto no lo podemos admitir, porque nosotros entendemos que la fe y la majestad imperial son dos cosas que deben quedar separadas. Para nosotros, tu majestad imperial no está por encima de Dios, sino por debajo de Dios y de Cristo. Cristo no quita a la majestad su cetro; al contrario: nos ordena temerla y honrarla, como lo expresa aquí el apóstol. Pero tú debes adorar al mismo Cristo al que nosotros adoramos. Si haces esto, difícilmente hallarás en mí motivo alguno para quejas, sino que te serviré con mayor fidelidad que todos los demás". Sin embargo, ellos no desisten de su intento de mezclar la autoridad con la fe. La autoridad tiene que ver con lo relativo a la vida terrenal: todas estas cosas tienen que ser investigadas y planeadas para luego poder ser encaradas convenientemente. La fe en cambio tiene que ver con la obediencia ante Dios; por esto dice el Salmo 2 (v. 10): "Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes y admitid amonestación". ¿Tendrá el Espíritu Santo, Creador del cielo y de la tierra, el poder de decir a un emperador: "Sé mi alumno, admite mi amonestación"? Yo afirmo que sí. Por eso nos atrevemos también a decir al emperador, a reyes y a obispos: "Quienesquiera que fuereis —la posición en que os halláis es legítima, y la aprobamos plenamente. Pero rogamos que admitáis al Espíritu Santo como Maestro también de vosotros y que no hagáis imposiciones en materia de fe para que no perezcáis" (Salmo 2:12). Sin embargo, las advertencias de los predicadores en este sentido siempre cayeron en saco roto. Pues se insistió en llamar sediciosos a los cristianos por cuanto no quisieron apartarse de su camino manteniéndose en cambio firmes en su posición: "Si queréis adornar vuestra majestad con una idolatría nos es necesario obedecer a

Dios antes que a vosotros, Hechos 5:29". Los apóstoles se negaron a aceptar la fe de los paganos y a adorar sus ídolos. Y ¿cuál fue el resultado? "Esto no será tolerado de ninguna manera", se les decía; "si no adoras la imagen del dios, te mataremos".

Los cristianos, como ciudadanos de un reino eterno, soportan también las persecuciones.

El apóstol por su parte dice: "Lo único que pido es que se me permita continuar en mi propia fe. Os ruego, pues, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma". El "deseo carnal" de que habla el apóstol en este pasaje es no solamente —o no tanto— la impudicia, sino el deseo, cargado de pensamientos de ira y de venganza, de sublevarse contra la autoridad; pues nos duele cuando los reyes y príncipes no quieren oír que yo estoy dispuesto a obedecerles, y cuando se resisten a que se haga una diferenciación entre su majestad y las imágenes idólatras. Ante esta situación, el apóstol dice: "No deis curso a vuestros pensamientos encolerizados, porque batallan contra el alma. Antes bien, tened en cuenta que sois peregrinos y extranjeros. Dejad que los insensatos reyes, príncipes y señores hagan lo que quieran. La actitud vuestra sea: soportarlo". ¡Con lo mismo consolaos también vosotros! Por cuanto sois creyentes, sois peregrinos y extranjeros; por lo demás, en lo que no concierne a mi existencia física y a mis bienes, no le debo obediencia al rey. Según la fe somos extranjeros; quiere decir, nuestro reino es un reino basado en la fe; y por esa fe soy rey en la vida eterna, soy un príncipe, y soy más poderoso que el diablo, la muerte y el pecado. Cualquier dominio terrenal está sujeto al diablo, a la muerte y al pecado. Allá, en el reino de la fe, yo soy un verdadero aristócrata. Por esta razón, mi reino es incomparablemente superior a cualquier dominio sobre esta tierra, por cuanto ésta es un lugar que sólo sirve de albergue para una noche. Así, tú eres, por medio del Hijo de Dios, un señor sobre el pecado y la muerte; el emperador en cambio no pasa de ser un señor sobre bienes terrenales. Y aun cuando yo muera, ¿qué importa? De todos modos, mi vida en esta tierra no fue más que la estadía en un albergue. Si tú me das muerte, yo iré a la vida eterna, y tú irás al infierno. El que nos mata, no tiene ninguna ventaja sobre nosotros. La muerte les llega con la misma seguridad con que nos llega a nosotros. Por esto, vosotros sois peregrinos en la tierra — si es que queréis reconocerlo. Ellos en cambio buscan aquí la satisfacción de sus deseos. Mas algún día, todos tendrán que partir de aquí; tendrán que dejar atrás el mundo, e irán a su lugar, el infierno. Por consiguiente: aunque es inevitable que los grandes señores os persigan, tened cuidado de que no os dejéis arrebatar por la ira; pues por medio de la fe, vosotros sois reyes y sacerdotes.

Quedará en evidencia que los cristianos son los súbditos más fieles.

Lo que es el emperador, cristiano o no cristiano, no lo sé. Pero Fernando es un pagano, y los obispos son peores que los paganos, son verdaderos diablos. Tanto más nos corresponde a nosotros mantener buena nuestra manera de vivir para que ellos vean el fracaso de sus intenciones. Algún día saldrá a luz cuál fue la verdad en cuanto a nosotros los cristianos y nuestro comportamiento frente a las autoridades; y entonces se verán obligados a confesar: "Estos cristianos son gente pacífica". Por esto mismo debemos adoptar también ante la triste suerte de nuestros hermanos asesinados en los Países Bajos por los adversarios una actitud adecuada: no clamar por venganza sino soportar con paciencia la furia de los tiranos. Entonces, los emperadores y reyes no pueden hacer otra cosa que darnos el testimonio de que en cuanto a

nuestro comportamiento como súbditos buscamos la paz y cumplimos con nuestras obligaciones. Cuando llegue la hora de la verdad, no podrán menos que admitir: "Es cierto: se ha obrado injustamente para con los cristianos; son pacíficos y respetuosos de las leyes; y nadie puede culparlos por no creer como nosotros; al contrario: es su derecho". Es por esto que el apóstol dice: "No seáis revoltosos. Honrad a las majestades. Pues vosotros sois los señores sobre un reino que es nueve veces más grande que cien mundos, a saber, sobre el pecado, la muerte y el diablo. Con esto confórmate cuando los idólatras te atormentan". De esta manera consoló Pedro a los cristianos de aquel entonces, y el mismo consuelo lo necesitamos también los cristianos de ahora.

III. Exhortación a los cristianos a mostrarse como buenos ciudadanos.

Los cristianos reconocen a la autoridad secular como institución necesaria.

Pedro detalla ahora qué es la "buena manera de vivir" (v. 12) y la serena obediencia: "Por causa del Señor someteos a toda institución humana" (v. 13). Dado que sois reyes y señores, libraos de todos los males, haceos súbditos por causa del Señor del cielo. "Institución humana" es la expresión con que traducimos el término "criatura" del texto original. Esto le creó no poca confusión al papa en sus decretos. Pero el papa es un burro, y seguirá siéndolo. Lo que el apóstol llama "criatura" es la institución, elaborada por los hombres, de que haya emperadores, reyes, súbditos, gobernantes, servidumbre, obreros, artesanos. Estas instituciones son imprescindibles para el mundo en que vivimos. Tiene que haber personas constituidas en autoridad, y así son necesarios también determinados estados " y cargos. No todos son siervos y criadas, no todos son señores y predicadores, sino que tiene que haber ciertas diferencias en el orden social y laboral. Es preciso que tengamos agricultores, artesanos, etc., es decir, cargos y estados sin los cuales la vida en comunidad no es posible. Todo esto lo incluye Pedro con su término "institución".

Los cristianos asumen de buen grado las obligaciones domésticas y públicas.

Si Pedro dice: "Honrad al rey" (v. 17), se refiere con ello al emperador romano, pues otros reyes no había en aquella época. La antigua España, Francia, Inglaterra — todas ellas habían dejado de existir. Pero ya sea que vivan bajo el gobierno del emperador, o bajo el dominio de otros reyes: los cristianos deben prestar la obediencia debida, para que los insensatos no tengan motivo para gritar: "Vosotros no cumplís con vuestras obligaciones de ciudadanos".

Lo mismo rige para vosotros, siervos y criadas: no os debéis crear la fama de ser desobedientes, ni deben hacerlo otros como los artesanos, etc. No debéis dar ocasión a que se aplique también a vosotros la queja que hoy día es tan general: "Ya no hay forma de tratar con la servidumbre; por una parte exigen un salario tan elevado, y por otra parte no quieren hacer nada, o solamente los trabajos que les agradan". ¿No crees que es un robo si trabajando en la construcción o en el campo ocasionas un daño intencional? Si yo te doy un pago semanal, y tú trabajas apenas dos días por semana, me has hurtado mi dinero; más aún, me lo has robado públicamente. Otro es negligente en el cuidado de las vacas y ovejas. ¿No es esto lo mismo que robar? ¡Y para colmo, aun recibes un salario! ¿Y a esto lo llamas "someterse por causa del Señor y de Cristo"? ¡El turco ya te enseñará qué es ser obediente! Bien dice la gente del campo: "Mejor es un perezoso ladrón que un perezoso peón". Un ladrón perezoso no se llevará gran cosa. Pero un peón perezoso, y una criada haragana, roban día a día. Son descuidados en sus obligaciones, y

no obstante quieren ser cristianos. ¿Un cristiano quieres ser? ¡Un diablo, esto es lo que eres, un ladrón in fraganti! Lo que un ladrón hace al hurtar, esto mismo haces tú al trabajar con tanta pereza. Por eso es mejor un ladrón haragán que una criada haragana.

Es obligación de las autoridades castigar a los malos. Ésta es la función que Dios asignó a la autoridad secular; ella lleva la espada (Romanos 13:4) y corta la cabeza, sin miramientos, a los que hacen lo malo. Igualmente, es obligación del patrón de la casa castigar a la servidumbre si ésta se muestra desobediente. Pues así lo ha dispuesto Dios. Son unos tontos los que llaman "sediciosos" a los que predicán acerca del nuevo rey y su reino; porque si ven vuestra obediencia y lealtad, tendrán que callarse la boca. Cumpla por lo tanto cada uno con sus obligaciones; de esta manera contribuirá a aumentar el prestigio de la palabra de Dios, y quitará al mundo el motivo para decir que los cristianos somos sediciosos.

Al someterse a las instituciones humanas, los cristianos lo hacen espontáneamente.

"Vosotros sois libres", dice el apóstol (v. 16); libres del diablo, de la muerte, del infierno, de los pecados, de la idolatría, de tradiciones humanas. Pero esta libertad no debéis interpretarla en el sentido de que ahora podáis decir: "¿Qué me importa mi patrón y mi patrona?" Esa no es la liberación de que habla el apóstol; ser desobediente y perjudicar a otros es algo que no vale entre cristianos. Pues una libertad entendida en esta forma es "un pretexto para hacer lo malo" y un velo para encubrir acciones vergonzosas. Tú me dirás: "Si soy libre del pecado y de la muerte, ¿por qué no habría de ser libre también del emperador y de mi amo?" No, amigo mío; Dios no tiene el propósito de destruir la institución humana, sino de sustentarla: él quiere que sirvas a tus autoridades con tu persona y con tu vida, para que puedan ser protegidos los buenos y castigados los malos. Demos pues a todo nuestro servir el carácter de un servir a Dios, es decir: sirvamos por causa del Señor, no por causa del turco ni por causa de Carlos V, sino porque a Dios le agrada si sirvo con fidelidad. Entonces, al proceder de este modo, no sirvo al rey sino a Dios. Vosotros sois siervos y criados de Dios. Todo cuanto hacéis para vuestro patrón humano, lo hacéis para Dios que os ruega y amonesta.

"Honrad a todos", no sólo a los reyes, sino también a vuestro prójimo; y ante todo, "sed constantes en el amor a los hermanos". Si así haces, ello es señal de que temes a Dios, y él a su vez te honrará.

El apóstol termina su enseñanza diciendo: Una cosa más haced: "Temed a Dios, honrad al rey" — al rey, no a sus pretensiones idólatras. Esta advertencia la agrega por causa de Cristo, el cual derramó su sangre para que sirvamos a Dios, que tiene la potestad suprema sobre nosotros.